

¿Acuerdo entre Franco, D. Juan y... los amigos de Prieto?

HACE unas semanas se comentaba la entrevista que, en una localidad cercana a la frontera, celebraron con Juan Borbón algunos «pacificadores» suficientemente conocidos en la emigración española. Y aseguraban ciertos informadores «enterados» que el acuerdo fue completo y la constitución de un gobierno antifranquista monárquico-democrático se estaba estudiando para poder presentarlo a la ONU como garantía del futuro «orden» español. Los paladines del acercamiento mostraron entonces prudentes reservas, sin atreverse a registrar públicamente el éxito «adquirido», cosa que, posteriormente, la célebre comisión de *Solidaridad Española* — Prieto, Trifón, Asúa y Pérez — se decide a hacer pública, señalando como positivas las gestiones llevadas a cabo entre las fuerzas antifranquistas — léase monárquicas — para sustituir de manera pacífica al régimen franquista.

A la hora de cerrar la edición carecemos de informaciones sobre el hecho señalado, que, tras la entrevista celebrada en aguas jurisdiccionales españolas entre el pretendiente borbónico y el caudillo asesino se presta a las más diversas interpretaciones.

Indudablemente la visita del hijo de Alfonso XIII al usurpador no ha podido ser motivada por el deseo o conveniencia de que su heredero vaya a estudiar a España, sino con el de establecer la fórmula que permita a la familia Borbón su reintegración a los dominios reales continuando así la funesta gestión que distinguió su paso por la Historia de España.

El cambio de panorama, aunque sólo se juzgue a través de las informaciones que han hecho circular las agencias, es sorprendente: un aspirante a la corona que se relaciona con los conspiradores y, de pronto, alterna con el usurpador, cuadrándose militarmente ante él. ¿Será acaso que la Comisión Socialista se muestra dispuesta a aceptar el tráfico monárquico llegando incluso a la capitulación vergonzosa ante el asesino de un millón de trabajadores españoles?

Con razón, ninguno de los núcleos antifascistas que tomaron parte en la lucha contra los militares facciosos habían dado su asentimiento a los trabajos ideados por el presidente del partido socialista para efectuar una alianza con los supuestos antifranquistas procedentes del campo monárquico. Es demasiado ingenua esa solución al conflicto que desde el año 36 tiene enfrentadas violentamente las dos Españas: la del trabajo, abrazada a la bandera de la libertad, y la de la negra reacción monárquico-clerical-militarista, afeerrada al clásico absolutismo.

D. Juan representa el mismo espíritu vengativo del franquismo. La monarquía estaba asociada al movimiento que encabezaron los militares y, desde el primer instante, le prestó todas sus fuerzas. Hasta ese aspirante a rey le ofreció su espada para vengar el destronamiento de su padre y la expulsión de la familia. Era cerrilmente monárquica — hasta por sus himnos y banderas — la cruzada cavernícola para derrotar el espíritu de la nueva España y restablecer los viejos privilegios: el latifundismo, el monopolio de la industria, la nobleza y el lujo escandaloso de la Corte.

Este cínico Borbón ha jugado su papel en calidad de reserva franquista que a veces le obligaba a manifestarse «demócrata», como en el caso del hipócrita mensaje que publicó en marzo de 1945. Sumiso servidor de Franco, el legionario asesino, a quien tras decir que no estaba conforme con la prolongada provisionalidad del régimen falangista, le suplicaba decidiera la restauración con un telegrama en que expresaba: «Así estaremos en condiciones de defender mejor los principios que nos han levantado contra el Frente Popular».

Si Franco no lo ha utilizado antes ha sido por no creerlo oportuno. Necesitaba contrarrestar la hostilidad internacional — hostilidad puramente formularia — simulando la transformación escalonada de la *orgánica democracia*: asamblea de procuradores por decreto, Fuero de los españoles, plebiscito y Consejo de Regencia, para desembocar en la monarquía absoluta.

Sus sostenedores, los capitalistas yanquis, han orquestado el programa. La declaración de compromiso que, por inspiración de Connally, el delegado americano, adoptó la ONU en diciembre de 1946, fue el primer paso que se le facilitaba al dictador español. En la reunión posterior el propio departamento de Estado americano sugirió al delegado dominicano que propusiera la no discusión del asunto español para entreabrir la puerta a Franco en las organizaciones internacionales. Y en la asamblea que debe reunirse en París dentro de unos días ni siquiera figura ya en el Orden del Día. El golpe de efecto de la entrevista celebrada en el Cantábrico es de una significación especial cuando los diplomáticos franquistas trabajan tan afanosamente cerca de los representantes de ciertos países suramericanos a fin de que la España fascista sea admitida en el organismo internacional. Franco, con monarquía o sin ella, con reconocimiento internacional o sin él, habrá de ser violentamente derribado del poder. Sus protectores

no conseguirán la liquidación del conflicto español en tanto la arbitrariedad monárquico-falangista perdure, porque el pueblo, desengañado de los amigos «democráticos», más compenetrado, al no poder subsistir las confusiones que el antifranquismo de última hora había sembrado, sabrá aprovechar con eficacia las posibilidades de la lucha revolucionaria para hacer triunfar su anhelo de libertad e independencia.

A pesar de los refuerzos que pretenden ofrecerle esos sedicentes trabajadores que se ufanan de las gestiones positivas cerca de los traidores.